

HOMILIA DEL ARZOBISPO CHRISTOPHE PIERRE, NUNCIO APOSTÓLICO
FIESTA DE CRISTO MISIONERO
3 DE NOVIEMBRE 2019
CENTER FOR FORMATION AND EVANGELIZATION FOR YOUTH "CHRIST OF THE DESERT"
MISIONEROS SERVIDORES DE LA PALABRA
EAST PALMDALE, CALIFORNIA

Mis hermanos y hermanas en Cristo,

Como Nuncio Apostólico, representante del Santo Padre en los Estados Unidos, quiero expresar el afecto paternal y la cercanía espiritual del Papa Francisco a cuantos están reunidos aquí para celebrar la fiesta de Cristo Misionero. En modo especial, quiero agradecer a Monseñor José Gomez, Arzobispo de Los Angeles.

Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. En *Evangelii gaudium*, papa Francisco presenta la actividad misionera como el paradigma de todo el trabajo de la Iglesia (cf. Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium (EG)*, 24 de noviembre de 2013, 15) y apela: «Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un estado permanente de misión». (*EG*, 25)

Esta invitación tiene un significado programático para el papa Francisco. La Iglesia no es un fin en sí misma, sino que necesita una valiente elección misionera «capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad». (*EG*, 27)

La iglesia está siempre en misión, pero el primero misionero es Cristo. En la Iglesia primitiva había un concepto del *missio* proveniente de la doctrina trinitaria, es decir, la denominación para el envío que Dios hace de sí mismo a través del envío del Hijo y del Espíritu Santo al mundo. El origen de la misión no está en el hombre, ni en la Iglesia, sino en Dios en el enviar al Hijo al mundo, que es la fuente, el arquetipo y el modelo de cualquier misión.

Como en Dios el *Logos* recibe todo del Padre, para, después donarlo nuevamente para la salvación del mundo, de este mismo modo no existe ningún verdadero cristiano fuera de esta dinámica de retribución. Cristo manifiesta el amor gratuito del Padre, hace visible al Padre invisible, abriendo así el acceso a la vida trinitaria. Por lo tanto, Cristo es el primer y el mejor «misionero», porque nos mostró el más grande misterio que jamás haya existido: quien es Dios y quien (a la luz de esto) es el hombre.

Pero ¿por qué fue enviado Cristo? Jesús dice: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10b). Cristo «el enviado» de Dios, por lo tanto, el «primer misionero», en su operar dentro de la economía de la salvación no significa algunos, sino *todos*. «Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4). Por esta razón, su envío se prolonga en el envío de la Iglesia por mediación del Espíritu Santo, quien a su vez está en el origen de la Encarnación del mismo Cristo. La Iglesia está destinada a expandir fructíferamente la dinámica del envío de Cristo.

De hecho, la oración colecta pide a Dios de mandar «a muchos misioneros, sacerdotes, religiosos y laicos, para que con su predicación y testimonio continúen la obra del misionero divino, tu Hijo Jesucristo...»

En la víspera de su pasión, Jesús describe una característica esencial de este envío de la Iglesia, cuando dice: «*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*» (Jn 15,16). Esto significa que el origen de la misión de los discípulos es inherente a Dios y que, en consecuencia, Dios es la fuente de gracia de su fecundidad. El envío del Hijo en la carne de un hombre le permite al hombre participar en la plenitud de la vida divina.

Por esta razón, en la Última Cena, Jesús dice: «*Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo*». La misión pertenece a la Iglesia, ya que está abierta a todas las personas, incluso a toda la creación. La misión de la Iglesia determina, mediante un mandato evangélico y mediante la colaboración sacramental en la obra divina, la forma, en un estado de realización histórica y dinámica, de toda la creación. La Iglesia proclama, celebra y ama orientándose hacia el exterior, con una mirada misionera, para poder seguir siendo verdaderamente un sacramento, es decir, un signo e instrumento de la salvación para todos.

Para evangelizar, la Iglesia debe constantemente referirse a Dios que se ha manifestado a sí mismo en Cristo y que por medio del Espíritu Santo sigue morando en la Iglesia y animando a la Iglesia. Una Iglesia evangelizadora debe actuar de acuerdo con la voluntad de Dios y dar a conocer la presencia de Dios. Por ello, el Papa no quiere una Iglesia autorreferencial, sino una Iglesia que lleve "la alegría del Evangelio" a todo el mundo. El Papa Francisco explica así su preferencia:

«Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG, 49).

Esta amistad con Cristo es fruto del encuentro con Él. Y es la misión de la Iglesia facilitar este encuentro que puede cambiar la vida, como pasó, por ejemplo, al gran misionero San Pablo. Así, mientras que nuevos programas podrían ser útiles para la evangelización, el encuentro es esencial. El Papa Benedicto XVI lo expresó de esta manera:

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas Est*, 25 de diciembre de 2005, 1).

Este acontecimiento o persona es el mismo Jesús. La proclamación de la Resurrección del Señor no puede ser entendida como mero recuerdo de un evento del pasado; por el contrario, Él sigue viviendo. La Iglesia existe para ayudar a otros a encontrar Al Resucitado que ofrece la salvación. Para encontrar Al Resucitado, esto es, para ser reunidos bajo la mirada amorosa que nos introduce en el amor de Dios en una relación viva y duradera con Él. El Santo Padre nos recuerda que "la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre

más" (cf. *EG*, 264). El mejor incentivo para compartir la fe y para evangelizar – es decir, para facilitar el encuentro – viene de la contemplación de su amor. Es la belleza del Señor lo que asombra y mueve y lo que atrae a nuevos creyentes.

No es sorprendente que, en la mañana de la Resurrección, tal como lo hizo en la Última Cena y después de ofrecer la paz a los discípulos, Jesús dice: «*Reciban el Espíritu Santo. Como el Padre me ha enviado, así también yo los envío o*». (Jn 20:21) Fortalecida por el Espíritu y provista de una rica visión de fe, nosotros, una nueva generación de cristianos, estamos invitados a contribuir a la edificación de un mundo en el que la vida sea acogida, respetada y cuidada amorosamente, no rechazada o temida como una amenaza y por ello destruida. Una nueva era en la que el amor no sea ambicioso ni egoísta, sino puro, fiel y sinceramente libre, abierto a los otros, respetuoso de su dignidad.

Queridos amigos, el Señor les está pidiendo ser profetas de esta nueva era, misioneros y mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad.

Concluyo una vez más con las palabras del Santo Padre:

«La posición del discípulo misionero no es una posición de centro sino de periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de “periferias existenciales” des-centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo-misionero es un des-centrado: el centro es Jesucristo, que convoca y envía» (Papa Francisco, Discurso al Comité Directivo del CELAM, 28 de julio de 2013).

Cristo vino a borrar el pecado del hombre y la misión de la Iglesia consiste en anunciar el fin del sufrimiento del hombre en la victoria de Cristo resucitado.